

L A L B O R A D A  
 SEMANARIO  
 DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 3 de Julio de 1875

Núm. 38.

SUMARIO.

Discurso pronunciado por la Sra. Juana Manuela Gorriti.—El matrimonio, por la Sra. Juana Laso de Eléspuru.—Los tres tiempos, poesía, por Manuela V. de Plasencia.—Una deuda del alma, por G. P.—A Juana M. Calvo, poesía por la señorita Adriana Buendía.—Mano à la cartuchera, por Roque.—A los peinados del día, poesía, por \*\*\*—Varium et mutabile semper homo (trádition) por Miguel Luis Amunátegui.—Contrastes matrimoniales, por la Sra. Carmen Garrido de Alvarado.—El amor, traducción, por Constantino Carrasco.—Mosaico, por la señorita Adriana Buendía.

DISCURSO

Pronunciado por la Señora Doña Juana Manuela Gorriti ante las señoras de la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires.

*Señoras de la Sociedad de Beneficencia.*

Señoras. Despues de muchos años veo al fin realizarse el voto ardiente de mi corazon, encontrándome en estos dias clásicos de la libertad à orillas del legendario Plata.

Hija de un guerrero de la Independencia, cuya espada contribuyera en primera línea à la emancipacion de la patria, créame siempre con derecho à tomar parte en la conmemoracion de sus gloriosas tradiciones, aquí donde partió el grito y se alzó el brazo armado que echó por tierra el poder colosal de los tiranos.

Honrada con vuestra graciosa invitacion para presenciar este espectáculo conmovedor, me es grato, señoras, felicitaros por los efectos de vuestro evangélico celo en los admirables progresos de la generacion brillante que nos rodea. Sus triunfos son los nuestros; y estas tiernas niñas que os deben la vida del espíritu

y del corazon, serán un dia, imitando el ejemplo de sus bienhechoras, útiles ciudadanas y dignas madres de familia, que inspirarán à sus hijos las austeras virtudes republicanas.

Tales eran las esperanzas del ínclito Belgrano, al instituir prémios para la educacion pública.

Señoras: la caridad cual vosotras la practicais, no solo cautiva y encanta, sino que penetra el alma de profunda veneracion.

Dignaos aceptar la mia, bellas y amables compatriotas, que es tanto mas sincera, cuanto que emana de la honda conmocion que sentí al visitar por vez primera este importante establecimiento.

Peregrina de un largo destierro, en el ocaso de la vida, sin otro título que un inmenso amor à la patria, os ruego en nombre suyo, que perseveréis en la mision sublime que os habeis impuesto de madres y consoladoras de los desamparados. Os pido mas todavia: emplead vuestra dulce y poderosa influencia en desvanecer pasados desacuerdos; que vuestras sonrisas derramen sobre ellos la concordia, la paz, el olvido; y que de hoy mas, el Sol de Mayo, el sol de nuestros padres, nos encuentre unidos en un abrazo de tierna fraternidad, como herederos de una misma gloria, como hijos de una misma patria.

EL MATRIMONIO.

I.

EL es el tema que siempre me preocupa y que mas de una ocasion, me ha dado

motivo para esgrimir mi tan sincera como humilde pluma.

¿Qué es el matrimonio? La vida ó la muerte de la mujer, el cielo é el infierno del hombre, el equilibrio ó el desórden de la sociedad. El matrimonio no tiene ni puede tener términos medios; toca los extremos: ó es la desgracia completa ó la felicidad suprema.

II.

Despues que Dios formó al hombre dió vida à la mujer por completar la belleza de su creacion, y al darle vida hizo su cuerpo del lado del corazon del hombre, para que ella fuera todo amor, y tuviera en este afecto el único móvil, el único guia de su existencia.

La mujer, pues, desde su origen, está destinada à amenizar el camino del hombre, à consolarlo en sus amarguras à compartir con él los infortunios, à sobrellevar con él sus contratiempos, à secar el sudor de su frente, à ser eternamente su compañera, algo mas: à ser eternamente su ángel. La mujer que falséa esta mision, que olvidá este deber, es un ángel rebelado. Pobre, desaciada de ella!

III.

El hombre, à su vez, destinado à sostener y à dirigir à la mujer, à inspirarla los mas puros sentimientos, las mas santas ideas, tiene todavia un deber mas sagrado, y, necesariamente, ante Dios y ante el mundo, una responsabilidad mayor si él léjos de erigir sempiternamente en su hogar un templo



á la religion y á la moral, dónde solo resuenen los dulces y deliciosos himnos del amor, de la paz y la concordia, lo convierte en asqueroso átrio de corrupcion y de maldad, en foco de desorden, ó en oficina de bolsa, donde la mujer, en la apariencia esposa, en vez de estar en el libro del corazon, se encuentra solo en el de caja, ó mas bien en el de ganancias; entónces ese hombre, que falta tan atrocemente á sus deberes, que insulta y menosprecia todo lo santo y todo lo bueno, es no solo un criminal, un monstruo, sino un espíritu malo, mas claro, perdonándome la expresion, un verdadero demonio.

## IV.

El matrimonio de origen divino, no podía dejar de ser elevado á la categoría de sacramento; pues significando la union de dos almas, que solo puede realizar el amor, la pasion mas pura y mas noble, debía ser, como lo es, santificado por el mismo Dios.

Del verdadero matrimonio al *contrato para casarse* hay una inmensa diferencia; en este entra el *cálculo*, miéntras que en aquel solo el *amor*. No es pues, ni puede ser el matrimonio un contrato.

Hay entre ambos un abismo, y abismo que no se puede salvar: el uno es de institucion divina, el otro de institucion humana: es el uno la santa voluntad de Dios, es el otro la caprichosa voluntad del hombre.

## V.

Pero, por desgracia, vemos que en el dia se ha falseado tambien esa institucion divina. Ya no busca el hombre, hay sus excepciones por supuesto, para esposa la mujer á quien su corazon se inclina, y á quien verdaderamente pudiera llamar su *cara mitad*; no, ahora, no se fija ni en los defectos físicos, ni en la vejez, ni en los antecedentes que puedan imprimir un sello de deshonor en la frente de la mujer; por todo pasa, con tal que el oro sea el velo nupcial con que ella se cubra.

Y qué se puede decir, de aquellos padres monstruos que, como señores de vidas y haciendas, especulan criminalmente con sus hijas, haciéndolas sacrificar su corazon, en holocausto tan solo del dinero? ¡Cuántos padres hay, para mengua de la humanidad, que para nada tienen en cuenta las santas afecciones de sus hijas, y ponen fuera de su casa, únicamente por pobreza, al hombre con quién la hija sacrificada hubiera conseguido una felicidad perfecta! Cuántos padres hay, que, solo dán acceso en sus salones, á aquellos que por su fortuna prometen, palacios y tesoros, sin fijarse que sean libertinos ó aventureros que muchas veces resultan casados; sin cuidarse de que por su aspecto, por su trato, ó enfermedades, causen aversion y repugnancia á la mujer, y pasan y atropellan por todo y entregan á la pobre víctima, sin que por ella aparezca un ángel que como á Isaac la libre del sacrificio!

## VI.

Todos estos desórdenes, todas estas anomalias, todos estos sacrificios y todos estos crímenes, tienen al lujo como su causa mas poderosa; al lujo, que corroe nuestra sociedad, y que como una vorájine amenaza ani-

quilarla en lo mas santo de sus fundamentos. Y no se diga que la mujer únicamente, es la autora de tanta calamidad: es el hombre todavía mas responsable, el que en gran parte, fomenta el lujo por donde quiere. Siempre vasallo de su vanidad quiere presentarse al mundo con un boato deslumbrador, y por esto luce á su esposa con las joyas y telas mas preciosas, ostentando en sus hermosos carruajes, los mas soberbios caballos, y los mejores arneses. La esplendidez de su casa deja, en fin, absortos á cuantos penetran en ella. Y esa esposa y esas hijas respirando continuamente esa atmósfera, qué especie de sentimientos pueden tener? Y como tendrá su corazon el dia que por un vaiven tan frecuente en esta miserable vida, se encuentre desposeida de ese boato y de esas comodidades? Tienen que sucumbir, sino son unas heroínas, ya física ó moralmente, por que con gran dificultad se acostumbrarán á la desgracia. Y esas hijas habituadas antes con el lujo, y viviendo en la desgracia, tratándose de un enlace, buscarán tambien engañosamente la felicidad en el interes y no en el amor. . . .

## VII.

Contrástase, pues, profundamente el alma al reflexionar en las terribles consecuencias de esos contrastos, á los cuales no puede darse el nombre de matrimonio, sin profanar este sacramento.

La mujer que está obligada á vivir con un hombre á quien tal vez aborrezca, y por quien siente repugnancia, violentando su naturaleza, teniendo que aparentar un afecto que está muy léjos de abrigar, corroe su corazon; busca, necesariamente, por combatir su indecible desgracia, todo género de distracciones, y apela en consecuencia al lujo, único recurso que le queda para aplacar la violencia de su corazon. Feliz mil veces la que llega á atolondrarse con el oro y el bullicio, y no se doblega á la desesperacion de una existencia en la cual jamás brilló el fuego del amor.

En cuanto al hombre que sacrifica su corazon al dinero, se hace tan solo digno de desprecio, como en su casa la mujer de compasion.

De cualquiera suerte, el fruto de estos enlaces tiene que ser como el de la higuera del Evangelio; no puede menos que romper la sociedad.

## VIII.

Concluiré, pues, por hoy, repitiendo lo que dije al principio de este pobre artículo. El matrimonio es la vida ó la muerte de la mujer, el cielo ó el infierno del hombre, el equilibrio ó el desorden de la sociedad. La desgracia completa, ó la felicidad suprema.

JUANA LASO DE ELÉSPURU.

## LOS TRES TIEMPOS.

El pasado se vá sin pasaporte,  
Pórtese ó no, al pasar poco galante:  
Que, si pasa alhagüeno, es un instante  
Entre calamidades de gran porte.

Nada bueno el presente nos presenta,  
Y al presenciar los lances de la vida,  
La presencia del mal nos intimida,  
Porque bienes no se hallan en la cuenta.

Fúndase la esperanza en el futuro,  
Y es el futuro tan tremendo y fuerte,  
Que la vejez con él llega ó la muerte  
Realidad triste—término seguro.

Sirven, pues, á mi mente de congoja  
El futuro, el presente, y el pasado;  
Y como aqui finalizar es dado.  
El diablo venga y de los tres escoja.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

## UNA DEUDA DEL ALMA.

A. . . . S.

*Io di te memoria viva  
Sempre, cara, serveró.  
Tú me serás encantadora y bella  
En la arrugada y pálida vejez.*

J. M. SEGUX.

## I.

Las ingratitudes del corazon deben lavarse con sangre del alma. (1) Hé sido ingrato y por eso, antes que vuelva á esa vida de agitacion y tumulto en busca de la fama que, como dijo el poeta, es solo el dolor que canta; he querido escribir estas páginas empapadas en ellas; sollozo, suspiro, epitafio de un amor que tuvo la brillantéz y la existencia efímera del relámpago.

No temas: no voy á forjar con tu desgracia una novela que me alcance el aplauso de los hombres. Escribo, porque estamos muy léjos para que el viento pueda llevarte mis suspiros, para que el éco pueda repetirte mis palabras; escribo porque el llanto que no sale á los ojos cae interiormente calcinando los corazones. Ni mi nombre ni el tuyo serán pronunciados. Este último adios es como la música que traduce el sentimiento, pero en caracteres indefinibles que no permiten singularizarlo: como la armonía que proporciona á las almas un medio dulcísimo de decir su secreto á voces. No lo comprenderemos sino tú que conoces y lloras esa ventura perdida, y yo que al pronunciarlo me arranco el corazon para legar su imperio á la cabeza, y concluyo mi vida de aldeano para principiar la de ambicioso.

Los recuerdos son un perfume de las tumbas, un fantasma que se levanta en el fondo de las conciencias para acariciarlas consolándolas, ó para perdonarlas con ese perdon sublime que viene del cielo, al través de la loza de un sepúltero abierto por la violencia de nuestras manos ó la ingratitud de nuestros corazones. Sí, yo te hé visto, Athele (2) hermosísima, levantarte divinizada por la sonrisa del perdon. Tú no has muerto; no se lee tu nombre en ninguna de las cruces del cementerio y sin embargo eres ya un recuerdo para mí. ¡Oh! será posible que los amores pasen del corazon á la memoria, que la pasion haya de convertirse en remordimiento? Hoy hace un año que nos separamos, porque así lo quiso nuestra suerte, y el sonido de esa campana que te hizo



levantar la frente llorosa, que tenias apoyada sobre mi hombro, y separar los brazos que estrechaban mi cuello, fué como la voz de la *oracion* que sorprende á los pecadores, cortó ese diálogo apasionado y nos obligó á arrodillarnos. ¡Ay esa campana ha llegado hasta las últimas fibras del sentimiento y he pensado al oirla en la felicidad de nuestras almas para siempre perdida. He creído que repetia nuestras palabras, y cuando el viento hizo desaparecer sus vibraciones he creído mirar en ellas al perderse, el sollozo de nuestras dos almas, que ya no lloraban porque habian agotado las fuentes del llanto.

La historia principiada bajo el techo de la cabaña concluye bajo el cielo de las ciudades.

## II.

Te acuerdas? Era una mañana del mes de Octubre, nublada, triste, una de esas mañanas que pronostican la tempestad de la tarde. Solos, sentados sobre la alfombra de verdura que la Primavera presta á los campos sobrecargados aún por los vapores de la pasada orgía, poseídos de esa laciitud que venga en las mañanas los placeres desenfrenados de la noche: nos contemplábamos en silencio como avergonzados. Al fin, inclinando tu frente sobre la mía, me hiciste sentir el contacto de tus labios de fuego y con esa voz dulcísima de los primeros días de nuestro amor ¿por qué, me dijiste, vejetas en estas alturas, tú que tienes inspiracion y puedes alcanzar gloria? Habla, escribe, alucina, sigue esa carrera de aplausos que ya has principiado. Te quiero y no puedo permitir que te anules por obedecer mi capricho—Y despertaste así en mi alma la ambicion mal adormida de gloria y renombre. . . . Hoy te quejas de olvido: lo buscaste y quisiste ¿por qué has vuelto á llamar al estudio á quien casi lo tenia olvidado por amor tuyo?

¿Has visto como se engendra la tempestad en el cielo de nuestras montañas? Pasan horas enteras sin que nada interrumpa la uniformidad de su hermosísimo azul; pero de repente una nubecilla, apenas perceptible, se presenta en su centro, y crece y vá creciendo hasta que el sol pierde su brillo, se oye á lo léjos el rumor de los truenos, se vé brillar el rayo, y la tempestad se desata horrible, espantosa, y ya nadie puede contenerla. Así es el corazon humano, olvida sus afecciones, se adormece por largo tiempo; pero si hay una voz, un éco que las evoque, esa voz, ese éco tienen sobre él, el poder misterioso del *levántate y anda* que resucitó á Lázaro despues de tres días de tumba. Y tus palabras fueron para mí la nube que provoca la tempestad en el cielo, el mandato que separa la loza del sepulcro.

Cuando luchan la ambicion y el amor, vence siempre ella porque la ambicion es el amor de sí mismo que se sobrepone á todos los amores.

¡Ah! cuán distinta fuera nuestra suerte sin ese cambio que tú has provocado!

Hoy mi voz ha vuelto á oirse en la tribuna, mi nombre se ha impreso de nuevo con alabanza y con oprobio; y mi inteligencia se ha gastado en esas luchas sociales de que ni siquiera teniamos noticia cuando solo me

exigiais un yaraví consagrado á tu hermosura, que pudiera repetir la *quena* á la puerta de la choza atrayéndonos, á mí el aplauso, y á ti la envidia de las jóvenes comarcanas.

¡Oscura y dulcísima tranquilidad que ya jamás probaremos!

Y tú, y tu. . .! Basta, hermosa de la aldea. Concluyo con estos versos que parece escribió para nosotros quien lloraria hoy nuestra desgracia.

Pasó la edad de la inocencia, amiga;  
Ni tú ni yo somos los mismos ya,  
Si el mundo á otro hombre tu destino liga,  
Yo á otra mujer me ligaré quizá.

G. P.

Puno, Junio 10 de 1875.

(1) Nombre poético dado por San Agustín á las lágrimas.

(2) *Athele*. El único árbol que crece sobre las ruinas de Babilonia.

## A JUANA M. GALVO.

EN LA MUERTE DE SU PADRE.

Ese llanto tan amargo  
Que tu bello rostro inunda,  
Por que una pena profunda  
Destroza tu corazon,  
Es, mi dulce y buena amiga,  
Llanto que del alma brota  
Destilando gota á gota  
La hiel de nuestra afliccion.

Es tributo que pagamos  
Con el alma dolorida;  
Por que al venir á la vida  
Que de lágrimas valle es.  
Lloramos, aún inocentes;  
Y es por que presentimos  
Los dolores que sufrimos  
En nuestra senda despues.

Esas lágrimas, amiga,  
Que tus bellos ojos vierten  
Y que en perlas se convierten  
De trasparente cristal,  
Son la expresion verdadera  
Del dolor que tu alma apura.  
Con la mas grande ternura  
De tu noble amor filial.

Tu amante padre has perdido.  
Y es cosa dura, por cierto,  
Pero tu padre no ha muerto  
Sino que al cielo voló;  
Y al ver cumplido el mandato  
De Dios, que es tan justo y Santo,  
Debes mitigar tu llanto,  
Que al cielo Dios lo llamó.

Calma, pues, tanta amargura.  
Cese ya tu eterno duelo  
Y piensa en hallar consuelo  
Junto al trono del Señor,  
Que en la mansion de los justos  
No hay prisiones ni cadenas.  
No se conocen las penas  
Y todo es gloria y amor.

ADRIANA BUENDIA.

Lima, Junio de 1875.

## MANO A LA CARTUCHERA.

No solamente en la táctica militar hay un movimiento por el cual el soldado

aprende á tomar la cartuchera, sino que hoy nuestras elegantes limeñas lo han adoptado para sostener las que llevan pendientes de sus delgadas cinturas; no de cuero ni de baqueta, ni tampoco llenas de cartuchos á bala, sino confeccionadas con gran cantidad de tela, blondas, cintas y flecos. ¿Y se creerá que algun soldado les ha servido de modelo? No señor. Sin saber el origen de tal moda se han aferrado de ella, haciéndolas aparecer defectuosas; pues si se las mira de frente, no se las vé mas que un solo brazo con su correspondiente manecita pulida y blanca como el marfil; y el otro inerme, y sin mano, porque se encuentra perdida debajo de ese *promontorio cartuchera* que algunas exajeran, hasta hacerlas aparecer con pretensiones de mochilas.

Sea de ello lo que fuere, pues cada individualidad está en su perfecto derecho para llevar los brazos y las manos dónde mejor le plazca y usar promontorios y cerros en la cabeza ó en el lugar que mas le cuadre; pero mi objeto al escribir sobre éste tema no ha sido otro, que el dar á conocer por su nombre y apellido á la inventora de ese gracioso y simpático ademan, tan generalizado ya, que lo han aceptado hasta las que ostentan ese color honesto y puro que puede competir con el mas fino azabache.

Hace algunos meses que Da. Angustias Piedra de la Calle, señora de 50 á 60 años, algo mofletuda, de pequeña estatura y exajeradamente gruesa, se dirijia á la Exposicion con su inseparable y adorado marido (salvo apariencias,) que medía, siete piés ingleses de estatura y cuyo delgado y flexible cuerpo podia competir con una palmera de Alejandria, con el objeto de lucir un magnífico vestido que estrenaba ese dia, tan cargado de adornos, que parecia una pequeña tienda de pasamanteria ambulante; y por supuesto, no le faltaba su respectiva cartuchera, aparte, de que la *caja de juventud* ostentaba en sus mayores proporciones cuanto contenia, sin esceptuar lunares, cejas postizas &c.

En el tránsito atraia la admiracion general; contestaba con agradable sonrisa los saludos que todos sus amigos la dirijian; y caminaba recontoneandose, cual buque cuando le toma mar gruesa por un costado, como quien dice; hoy reviento. . . no de gordura, sino de satisfaccion. Pero como el diablo en todo mete su cola, quiso atormentarla valiéndose de una infernal pulga.

En el momento en que un caballero de alta posicion la saludaba, picóle fuertemente aquella malvada y no pudo evitar un alarido acompañado de cierto quite ó especie de respingo que haria honor á la mas viva potranca (dispensándome la comparacion.)

Ya no miró á nadie, y solo trataba de encontrar la costura del traje que se hallaba debajo de la cartuchera, para rascarse por esas dimensiones la aguda picada de tan indiscreto como atrevido vicho.

Tal ocurrencia hizo reir á los que nos encontrábamos cerca; y el marido convencido de lo que pasaba, trató de ayudarla con disimulo, para que atacara á su adversario.

Una vez conseguido el objeto, rascóse á su satisfaccion (siempre con disimulo,) y no separó la mano de ese lugar, prestando



alzarse la cola para no arrastrarla, todo el tiempo que creyó necesario hasta quedar tranquila.

No faltó alguna elegante que al ver esa mano perdida entre tanto *perifollo* ¡ay! pasase inmediatamente una de las suyas á igual lugar, creyendo con tal accion hacer resaltar mas su elegancia y estirar mas aun, la delantera de su vestido, hasta conseguir delinear aunque toscamente, algunas de sus formas, cúbicas y esféricas geométricamente hablando.

Una hora mas tarde, no habia en la Exposicion ninguna señorita que no llevase la mano en la cartuchera, ni ningun hombre que no estableciera comparaciones. Y en el dia es tan exajerada esa moda, que ha dado lugar á que lleve por nombre el epigrafe con que se encabeza éste artículo.

Cuantas, como la Señora en cuestion, so pretexto de tomarse el vestido por ahí, espantarán alguna pulguita!

¡Y qué adormecidos no quedarán esos contorneados brazos y esas lindas manecitas (salvo imperfecciones,) despues de una larga excursion . . . !

Debeis pues, elegantísimas moradoras de ésta encantadora ciudad, á la Señora Da. Angustias Piedra de la Calle, la invencion de un ademan mas, con el que os atraéis la admiracion de vuestros adoradores.

ROQUE.

### A LOS PEINADOS DEL DIA.

A tiempo hemos llegados  
¡Pardiez! de tal estropicio,  
Que si alguien conserva el juicio  
Le conserva . . . transtornado:

Todos, pequeños y grandes,  
Obran y hablan al revés,  
Y es ya el andar en dos piés  
Poner una pica en Flandes.

Pero entre tanta rareza  
Que me consume el redaño,  
Hay una de tal tamaño  
Que no me entra en la cabeza.

¿Quienes son los avestruces  
Que han copiado de Luzbel  
Esas torres de Babel  
Que miro en muchos testuces?

Porque es lo cierto que hoy dia,  
No hay muchacha casadera  
Que no lleve en la mollera  
Todo un tren de artilleria.

Y con singular jolgorio,  
Todas, en pugna campal,  
Luchan por ir cada cual  
Con mas alto promontorio.

Es un furor, una fiebre,  
Y el delirio tan insano,  
Que el peinado mas mediano,  
Es mas grande que un pesebre.

¡Que abulte! esclama la flaca,  
¡Que abulte! grita la gruesa  
¡Que abulte! chilla Teresa,  
¡Que abulte! responde Paca.

Y por salir vencedoras .  
Fueran ¡oh indinas! capaces  
De mudar patria y disfraces  
Y hacerse turcas ó moras.

De ese modo en cada hora  
Para aderezar rellenos,  
No ruedan malos ni buenos,  
Chirimboles sin usar.

Y atrapan en sus afanes  
Las polluelas á montones,  
La lana de los colchones,  
Los forros de los gabanes.

\*\*\*

### VARIUM ET MUTABILE SEMPER

#### HOMO.

(TRADICION.)

## I.

LA accion principia en Sevilla el año de 1669.

Nos hallamos en una calle de la gran ciudad que vió nacer á Frai Bartolomé de las Casas.

Acababan de dar las doce de la noche en el reloj de una torre, el cual anunciaba á los habitantes con su voz de bronce que habia muerto un dia y habia nacido otro.

La ciudad estaba oscura, silenciosa, solitaria.

En el cielo, no habia ni luna, ni estrellas; habia solo nubes y nubes.

Una colgadura negra.

Junto á la reja de una ventana, se percibia á un hombre embozado en la capa hasta los ojos, y cubierto per el sombrero hasta las cejas.

No era ni un asesino que, por la oscuridad, acechaba su presa; ni un ladron que trataba de falsear una cerradura; sino un amante que esperaba á su querida.

Aquella cita no era la primera.

Los hierros de aquella reja habian dejado pasar amorosos suspiros, tiernas palabras, dulces billetes y una mano blanca sobre la cual se habian estampado mil y mil besos de fuego.

Despues de un corto rato, la jóven aguardada apareció en la ventana entre nubes de encaje y seda, como la aurora despunta en el oriente entre celajes de oro y grana.

La hermosura de la recién venida fulguraba en las tinieblas.

Apénas vió á la dama de sus pensamientos, el encubierto hidalgo la dijo con ternura:

—¡Alma mia!

La jóven le contestó con el mismo tono suave y penetrante:

—¡Dueño mio!

Despues de haberse contemplado de hito en hito con ojos húmedos, los dos interlocutores continuaron su diálogo con la mayor pasion:

—¿Me amas siempre?

—Te adoro

—Repítelo otra vez.

—Otra y ciento. Las veces que te plazca.

—Consentirán tus padres en nuestro enlace?

—Jamás.

—¿Cuál es la causa de su oposicion?

—No me atrevo á decírla.

—Habla con franqueza.

—Sostienen que eres pendenciero, jugador y veleidoso.

—¿Y tu crees semejantes falsedades?

—Cuando estás presente, no; pero cuando estás ausente, si. Temo, sobre todo, tu inconstancia.

—Pronto vendrá el dia en que pueda probarte lo contrario. De tí sola depende que llegue cuanto ántes. Unamos nuestros destinos, como hemos unido nuestros pensamientos; y verás por esperiencia propia que tus temores son quiméricos.

—Nadie lo desea mas que yo.

—Entonces casémonos sin tardanza.

No podemos continuar en esta situacion indecisa. Si tus padres rehusan su consentimiento, es indispensable que nuestro matrimonio se celebre á su despecho. Dios nos ha creado el uno para el otro; y es menester que su voluntad se cumpla.

—Convengo en ello, pero con una condicion.

—Puedes fijar las condiciones que quieras con la seguridad de que todas serán ejecutadas religiosamente.

—Está bien. Antes de ser tuya á la faz de Dios y de los hombres, es preciso que me prometas como caballero y como cristiano serme fiel toda la vida, y no amar nunca á otra mujer.

—¿No es mas que esto? Habia creido que ibas á ordenarme que conquistara la corona de Castilla para adornar tus cabellos, y te confieso que estaba resuelto á morir en la demanda para satisfacer tu capricho.

—No pido tanto, y me limito á exigirte una promesa solemne de tu constancia.

—Pues bien, te juro por mi honor jamas manchado, y por mi salvacion eterna, que no amo y no amaré nunca mas que á tí.

Y esto diciendo, el hidalgo desenvainó su espada, y besó con devocion la cruz de acero que formaba su puño.

La jóven le contestó con un tono grave y sério:

—Consiento en ser tu esposa, pero te juro por Dios y por la Virgen María, que si alguna vez faltas á la palabra empeñada, te daré la muerte por mi propia mano.

Y estó diciendo, formó una cruz encantadora con el índice y el pulgar de su mano derecha, é imprimió un beso en ella.

En aquel momento, la luna rasgó el paño oscuro que la cubria, é iluminó con su luz refulgente á los dos jóvenes, su hermosura y su amor.

## II.

Doña Laura Muñoz contaba veinte primaveras.

Vivia regalona y acatada al lado de su padre y de su madre.

Era voluntariosa como una condesa, resuelta como un hombre, y hermosa como ella sola.

Muchos cautivos jemian en aquel Arjel de carne y hueso, valiéndome de una expresion muy usada en la época; pero ninguno de ellos habia merecido una palabra de aliento ó de consuelo.

Don Pedro Escobar la encontró no sé dónde, y quedó sojuzgado por su garbo y jentileza.

Desde el momento que la vió, no pensó mas que en ella, y no vivió mas que para ella.

Paseó su calle de dia, y rondó su casa de noche.



La siguió á todas partes como un perro. Esperimentaba frio cuando no jiraba en torno de aquel sol de hermosura.

Amaba todo lo que tenia relacion con doña Laura: la casa que ésta habitaba, la tierra que pisaba, el aire que respiraba.

Habria besado las huellas dejadas por sus piés.

El apasionado mozo inventó diversos pretextos para introducirse en la familia de su amada; pero esta pretension fué siempre rechazada.

¿Por qué causa?

Una muy sencilla.

Don Pedro Escobar tenia la pésima reputacion de haber derrochado su hacienda en los garitos, y su corazon en los burdeles.

Desgraciadamente, semejante acusacion era fundada.

Ninguna persona honorable habria consentido en que una hija suya se casase con un mozo disipado, de tan poco juicio y de tan malos antecedentes.

A pesar de aquel rechazo vergonzoso, el desdeñado galan no desistió de su empeño.

La negativa de los padres no importaba la repulsa de la niña.

Don Pedro Escobar era un capitán consumado en empresas amorosas.

El desaire sufrido despertó su amor propio, y aguzó su ingenio.

Escobar ocupó toda su intelijencia y todo su tiempo en seducir á la hermosa sevillana.

Le dirijió miradas espresivas, le envió recados afectuosos, le escribió cartas delirantes, y recibió en contestacion otras miradas, otros recados y otras cartas de la misma especie.

Pidió citas, y las obtuvo.

Consiguió, por último, que doña Laura Muñoz, vista la obstinacion de sus padres, echara á las espaldas su recato, y se fugara con él.

No hay reja de hierro, puerta de roble ó muro de piedra, que puedan retener á una muchacha ansiosa de casarse.

Lope de Vega lo ha dicho. El mayor imposible es guardar á una mujer que no quiere guardarse.

Don Pedro Escobar ocultó á la hermosa fujitiva en una casa mal afamada.

Durante un mes, los deudos y los alguaciles hicieron las diligencias mas esquisitas para descubrirla: pero todas sus fatigas fueron infructuosas.

Al fin y al cabo desesperaron de hallarla.

Supusieron que los dos pájaros habian huido léjos, y establecido su nido en algun punto distante.

Mientras tanto, don Pedro Escobar estaba ébrio de amor y de felicidad.

Consideraba como el séptimo cielo el pobre y sucio chiribitil donde la jóven permanecía escondida.

No habria cambiado aquel desvan por un palacio.

Idolatraba á doña Laura, y no se saciaba de contemplarla.

Su pasion era una locura.

Habria habitado con ella en un desierto, aun cuando no hubiese tenido otro alimento que las yerbas y raices: otro lecho, que el musgo; otra techumbre, que la bóveda azul.

Fiel á su promesa, Escobar trató de casarse con su querida; pero tropezó con obstáculos insuperables para lograr su propósito.

Ningun sacerdote se atrevió á lejitimar una union en que faltaba el consentimiento paterno, y en que habia precedido un rapto, ó algo que se parecia mucho á este delito.

Temiendo que á la postre, la niña fuera á concluir su vida en un convento, y él en una cárcel, don Pedro Escobar resolvió dejar la España en compañía de su dama.

Los dos prófugos se embarcaron secretamente para el nuevo mundo bajo nombres supuestos.

Doña Laura Muñoz hizo el viaje disfrazada de varón.

La América era en aquel tiempo la grande iglesia á cuyo sagrado se acogian todos aquellos que por este ó por el otro motivo tenian miedo á la justicia.

### III.

Corre el año de 1672.

Estamos en Chile, el país mejor de la tierra, aun cuando su capital no fuera la mas magnífica de las ciudades.

En aquel tiempo, Santiago era una aldea grande.

Fea, sucia, despoblada.

Las puertas principales de las casas estaban construidas con toscos tablones apenas acepillados, y tachonadas con gruesas cabezas de clavos, como las poternas de una plaza fortificada.

Las ventanas eran estrechas, desiguales, guarnecidas de barrotes de hierro, como las lumbreras de un calabozo.

Parecia que á todas horas se estaba temiendo una sublevacion de los indíjenas, ó el asalto de una partida de bandoleros.

No habia arquitectura, ni simetría en el exterior.

Las paredes de los aposentos, como las de las de las calles, estaban blanqueadas con cal, á la usanza árabe.

No habia lujo ni comodidad en el interior.

Don Pedro Escobar y doña Laura Muñoz habian fijado su residencia en esta triste poblacion, que servia de capital á un reino.

Dos motivos los habian impulsado para tomar esta determinacion: la soledad, que los libertaba de averiguaciones indiscretas, y la distancia de España, que los ponía á cubierto de una requisitoria temible.

Despues de muchas dificultades, habian conseguido santificarsu union.

Se habian casado.

El matrimonio habia tranquilizado la conciencia de la mujer; pero no habia traído la felicidad á su alma.

De cuando en cuando, doña Laura se ponía á pensar con tristeza en su familia.

Sentia no haber recibido la bendicion de su padre, antes de haber atravesado el océano para venir á establecerse en el último rincón del mundo.

Echaba ménos los besos y los concejos de su madre ántes de haberse desposado.

¿Por qué estos pensamientos melancólicos solian albergarse en un carácter tan varonil?

Es que el desengaño, el amargo desengaño, habia empezado á penetrar en su espíritu.

Don Pedro Escobar no era el mismo que en el pasado.

No diré que mirase á su esposa con desvío; pero sí con indiferencia.

Pasaba la mayor parte del día y de la

noche fuera de su casa.

Los dos cónyuges estaban á cien leguas de los dos amantes.

No se sentaban juntos la mano en la mano.

No se contemplaban con arrobamiento los ojos en los ojos.

No se abrazaban con ardor los labios en los labios.

Su conversacion y su silencio eran muy diferentes del silencio lleno de éxtasis, y de la conversacion salpicada de espresiones cariñosas, que acostumbraban en otro tiempo.

No se hacian caricias.

Habia tibieza, ó mas bien frialdad entre ambos.

Doña Laura abrigaba la certidumbre de que don Pedro habia cesado de amarla.

Bien pronto tuvo sospechas vehementes de que su marido la traicionaba.

¿Quién se lo habia dicho?

Nadie.

Su instinto.

Efectivamente, don Pedro Escobar la engañaba.

Santiago, la desgredada ciudad de barro y teja, ocultaba en cada casa mas de una linda muchacha, que podia competir con las bellas mas famosas.

Bajo este aspecto, la capital de Chile era entónces, como lo es ahora, una rica mina de brillantes.

Cierto dia don Pedro Escobar encontró en uno de los arrabales á una niña preciosa, que le robó los ojos, y tras de los ojos el corazon.

Se llamaba doña Bernarda Guerrero.

Vivia al lado de una tia anciana en una condicion muy cercana á la pobreza.

La naturaleza habia prodigado para formarla todos los tesoros de su cofre inagotable: oro para sus cabellos, zafiros para sus ojos, coral para sus labios, perlas para su boca y alabastro para su cuerpo hecho á torno.

Apénas la vió, don Pedro olvidó que era casado, y bebió los vientos por ella.

Nuestro protagonista repetía con el mismo cinismo que el Gomez Arias de Calderon:

—No hay cosa que valga mas que una hermosura nueva, ni ménos que una hermosura gozada.

El astuto seductor dió á la tia regalos, que fueron recibidos, y dirijió á la niña declaraciones apasionadas, que fueron aceptadas.

En suma, sin ambages ni circunloquios, don Pedro Escobar llegó á ser el amante favorecido de doña Bernarda Guerrero.

Semejante conducta era frecuente en aquel tiempo.

Santiago, la ciudad mitad claustro y mitad cárcel, tenia tambien algo de serrallo.

Las costumbres de los habitantes no brillaban por la continencia.

Basta para prueba, la real cédula que en 1674, doña María Ana de Austria dirijió al presidente don Juan Henriquez para imponerle una multa, porque habia tolerado las flaquezas amorosas de su hermano y de un oidor.

### IV.

El 13 de diciembre de 1672, doña Laura Muñoz se hallaba en su casa cosiendo un vestido, tarea prosaica y vulgar, si se quiere, pero que las matronas antiguas no desdenaban.



Estaba contenta.

Don Pedro Escobar la habia tratado ese dia con mas cariño, que en otras ocasiones.

La jóven habia cojido una rosa en el jardin, y la habia prendido en su cabeza.

He leído en alguna parte, y si no lo he leído se me ocurre en este momento, que las gotas del rocío, esos diamantes líquidos, son el adorno mas bello de una flor, y que las flores, esas joyas divinas, son el atavío mas espléndido de una mujer.

Doña Laura estaba hechicera con la rosa que habia enredado en sus negros cabellos.

Ocupada en su labor, cosia sin mirar á parte alguna.

La aguja es una distraccion.

De repente sintió ruido cerca de sí, levantó los ojos de su obra, y vió con sorpresa á una criada que se habia introducido misteriosamente en su aposento.

Vieja y mugrienta.

La jóven preguntó con displicencia á la intrusa.

—¿A quién buscas?

—Busco á Vuestra Merced.

—¿Para qué me necesitas?

—Tengo un secreto importante que comunicar á Vuestra Merced.

El primer movimiento de doña Laura fué despedir á la fregona con cajas destempladas; pero la curiosidad acabó por predominar en su ánimo.

En lugar de decirle: "Vete," como lo habia pensado, le dijo con fastidio:

—Habla.

La sirvienta la contó entónces, sin titubear, que don Pedro Escobar estaba malamistado con su amita, á quien visitaba todas las noches á la oracion; y que habia creído de su deber avisarlo á la interesada para que arbitrarse el remedio de aquel escándalo.

Nada mas, nada ménos.

La esposa ofendida escuchó en silencio á la criada, le dió una moneda de plata por su buena voluntad, y le mandó que se retirara en el acto.

No habia lugar para la duda.

La conjetura se habia convertido en realidad.

La traicion de su marido era un hecho incuestionable.

Despues de aquella delacion malhadada, que destruia su felicidad para siempre, doña Laura no derramó una sola lágrima.

Permaneció muda é impassible en su asiento.

Dejó de coser.

Se asemejaba á una estatua de mármol. Parecia reflexionar profundamente.

¿En qué?

Tal vez en nada.

Doña Laura recibió á don Pedro con tanta calma, como si ignorara su infidelidad; pero cuando éste salió á puesta de sol, le siguió como su sombra.

La noche estaba calorosa.

Las estrellas resplandecian en el cielo azul como millares de chispas desparramadas en todas direcciones por un soplo poderoso.

Escobar entró sin tomar precaucion alguna en la casa de su querida, y doña Laura se introdujo en pos de él.

Doña Bernarda Guerrero recibió al descuidado hidalgo con el mayor júbilo, le echó los brazos al cuello, y juntó inmediatamente la puerta de su cuarto.

La mujer ultrajada se detuvo en el umbral, y observó por los resquicios de las tablas, lo que pasaba en el interior.

Durante algunos minutos, escuchó los requiebros y vió los trasportes de los dos amantes.

Aquellos minutos tuvieron para ella la duracion de siglos.

Al fin, no pudo contenerse por mas tiempo.

Empujó la puerta con furia, y se presentó de improviso en el aposento.

La indignacion palpitaba en su semblante. Sin pérdida de momento, se apoderó de la daga que su marido habia dejado en una silla, y le gritó con voz de trueno

—¡Miserable! Tu propio puñal va á poner término á tu vida y á tu infamia.

Apénas pronunció estas palabras, descargó sobre don Pedro Escobar un golpe tan feroz, que le dejó muerto en el acto.

Los gritos discordantes de doña Bernarda Guerrero, que pedia auxilio, retumbaron en la casa y en la calle.

Vinieron en su amparo la tia y la criada. Vinieron tambien los vecinos.

Vinieron, por último, el alcalde y la ronda.

Doña Laura no hizo la menor tentativa para escapar, y se dejó conducir á la cárcel como una mansa cordera.

Los corchetes notaron, cuando la llevaban, que tenia una rosa puesta con sumo artificio en la cabeza; y los guardianes de la prision observaron, cuando se desnudó para acostarse, que la sangre habia empapado, no solo su vestido, sino tambien su camisa.

V.

¿Cuál fué la suerte de doña Laura?

¿Salió absuelta?

¿Falleció en su calabozo?

¿Fué enviada á España bajo partida de registro?

No lo sé.

El proceso de que he extractado esta historia no tiene otros datos que los espresados anteriormente.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

### CONTRASTES MATRIMONIALES.

X.

Señor D. Adolfo Orogoiti.

Cuzco, 4 de Diciembre de 1840.

Mi buen amigo:

Con grande júbilo he leído tu carta, pues me es muy grato saber que tu salud es buena, y que tienes tan buenas amigas, en particular tu predilecta Elvira.

Es preciso que la penetres bien; porque puede ser que para amiga sea inmejorable y para esposa no.

No te ciegues: hay mujeres que son buenas hijas y malas esposas.

Haz al dia cuantas visitas puedas, á ver si le notas mal genio, orgullo, poca bondad de corazon, ó amor al lujo.

Si es así, no sirve para casada.

Espero que en otra carta que me escribas, estés mas adelantado en tus observaciones. Yo, en las mías, no he logrado mas, que saber, que la misteriosa vive en una casita: que siempre está encerrada: que ningún varon la visita, y las vecinas del barrio la celebran mucho.

Uno de los dias que fué á mi tienda á emplear le dije:

—Señorita; me permite U. que le haga una suplica?

Me contestó:

—Un caballero de buenos sentimientos, y bien educado, como U. parece, no puede hacer ninguna suplica indiscreta; ya escuchó á U.

Le repliqué:

—Señorita, á pesar de la bondad de U. no sé por qué temo.

—Cuando el corazon es puro, y profesa una amistad sincera, no existen temores.

Me quedé perplejo; y me dijo:

—Si es tal, pruebelo U. y sinó, calle, lo pido por favor.

—Señorita, mi afecto hácia U. es tan puro y tan grande, como la Eternidad.

—Pues entonces, diga U. lo que solicita.

—Es que quiero conocer á su amigo, el encanto, y recreo de U.

—Con mucho gusto complaceré á U. La semana que entra estará á sus ordenes.

Le dí las gracias, y se retiró.

Te prometo que esta jóven es capaz de volver loco á cualquiera que no esté tan prevenido contra ese sexo, por lo desgraciado que he sido y soy.

Muy sensible me ha sido el principio de la historia de D. Fernando; su mujer no tiene corazon; es cruel, desconocida y criminal, y su boca es peor que la de un escorpion.

No dejes de visitarla, para que te acabes de cerciorar de su conducta; y en cuanto estés bien penetrado de lo que es esa mujer, huye de su presencia como de una serpiente.

Adios, amantísimo amigo:

JUAN GUALBERTO PADILLA.

XI.

Señor D. Juan Gualberto Padilla.

Lima 6 de Enero de 1841.

Mi buen amigo:

Deseo infinito que te halles bien de salud y que la suerte te sea propicia; y que cada dia adquieras mas esperiencia, y creo que con lo que te voy comunicando adelantarás mucho; y conocerás que aunque hay infinitas mujeres malas, no dejan de haberlas buenas; pero voy á seguir la historia de D. Fernando.

Vino pues este mártir y me dijo:

—Voy á probarle á U. lo desgraciado que somos yo y mi señora madre, por la mala lengua de mi esposa.

Sus juicios temerarios, y la cruel preparacion que tiene para con nosotros, hacen que las mejores acciones nuestras nos las impute como delitos.

Y para que conozca U, el ódio que nos tiene, voy á contarle lo que pasé á los cuatro meses de casado.

Hallándose mi esposa en cinta, hubo un temblor muy fuerte á media noche, y mi esposa salió corriendo y tropezó con la mesa de la sala; se dió un golpe en el vientre y con la violencia de él, se volcó el reverbero y se hizo pedazos.

Al otro dia fui á ver á mi madre, y la encontré, muy cuidadosa por nosotros, en particular por mi esposa, á causa de su estado.



Yo le espuse el temor que tenia de un aborto y me dijo:

—Pobrecita! en cuanto me desprenda de mis atenciones, iré á verla.

En cuanto fui á casa, le conté á mi esposa, la pena que habia tenido mi madre, y que, dentro de un rato, vendria.

Pero mi esposa no creyó esto, sino que habia estado hablando, por la pena que se figuraba ella, que tenia, por haberse roto el reverbero, pero nó por ella; y que si mi madre iba á verla era por lo mismo.

Como mi esposa no sabe contrariar sus malos pensamientos, apénas entró mi madre por la puerta, le dijo con tono áspero:

—¿Ya viene U, á ver el daño?

—Mi Señora madre se sorprendió;

—Con todo, le dijo con ternura: Yo no vengo á ver el daño sino á U.

Otra mujer de alma buena, se hubiese avergonzado, y habria dado una satisfaccion; pero esta, apesar de la bondadosa respuesta de mi madre, le replicó llena de orgullo:

—Qué cierto es, que al que no está hecho á bragas, las costuras le hacen llagas.

—Mi madre comprendió lo que le decia, y le contestó.

—Sepa U, que mi hijo ha abierto sus ojos, viendo cosas mejores; y lo que ha tenido y tiene, lo ha adquirido con su trabajo, y no con plata de U, ni de nadie.

—Mi madre le contestó asi, por que mi esposa, y su mamá decian públicamente, que tenia dos dotes; y la verdad es, que no llevó ni medio.

Con todo, decantan y dicen que me han hecho gente, y que todo lo que tengo es de ellas.

Creo que con lo poco que he dicho á U, sobre lo que esta mujer acrimina, sacará U, por la hebra el ovillo.

—Mañana seguiré mi narracion.

Qué tal mujercita, Gualberto! Solo con D. Fernando que de bueno pasa, podia haber desfogado su mal génio esta Señora; con otro no estuviera ella gozando y disputando, y haciendo lo que le da la gana.

Estoy deseando saber los resultados de tus observaciones con tu enigmática parroquiiana y á ver qué razon me das de su encantador amigo.

Por lo que hace á mí, cada dia estoy mas prendado de Elvira, como tambien de su familia.

Quizás puedes pensar que me ciega la pasion, pero no es asi; para justipreciar el mérito de esta familia, es preciso ser tan de adentro como yo.

—Cuando tu estés por acá y los conozcas, verás que no exajero.

—Estoy bien de salud y muy contento.

—Tu invariable amigo.

ADOLFO OROGOITI.

## XII.

Señor D. Adolfo Orogoiti.

Cuzco, 4 de Febrero de 1841.

Amigo querido:

Qué placer tan grande he tenido, al imponerme por tu apreciable carta, que tu salud es buena, y que estás contento!

Deseo infinito que tus alegrías sean duraderas; y que si es tal, como tú me dices, tu Elvira y su familia, que cuanto antes logres su mano.

Yo con mi desconocida no adelanto nada; ayer estuvo aqui á emplear, y me dijo:

—Tenga U. la bondad, Señor, de dispensar, que no le presente hoy como prometí á mi buen amigo, no porque él se haya eximido de venir, porque es incapaz de ello; sino porque no todo lo que se quiere se puede; pero creo que la semana que entra sin falta, estará á la disposicion de U.

Al entregarle yo los cortes de chaleco que vino á comprar la dije:

—Señorita, estos casimires son mas felices que yo; pues ellos ván á estar en casa de U. y yo no tengo esa dicha.

Me contestó muy enojada;

—Sabrá U. que me he retirado de otras tiendas donde iba á emplear, por que me dirijian esas mismas palabras, y tenían esos mismos deseos, que no puedo conceder.

En dias pasados, dije á U. que si no queria que me retirase de su tienda, y dejase de venir á emplear, no me tocáse esos puntos.

—Señorita, le dije avergonzado; usted me dispense; tengo muy mala memoria, y me habia olvidado;

Y me replicó con el semblante ya placentero.

—Voy ahora mismo á tomar *pasas*, y guardarle á U. los palitos, para que se los coma y tenga memoria; y se fué.

Esta jóven me da qué pensar; es tan significativa; su presencia, su rostro, su viveza, mueven á decirle alguna galanteria, pero ella no las sufre.

Me admiro, de lo que sabe en tan corta edad, pues no tiene más que diez y ocho años; su talento es notable; y esto es lo que mas temo; por que á la que le dá por engañar, creo que lo hará hasta con el diablo.

He sufrido tanto con las de talento, que estoy con esto muy receloso.

Y para que veas que tengo motivo para sospechar de las de talento, voy á contarte un chistoso percance que sufrí con una señorita sábia.

Estaba prendado de ella, por su capacidad y belleza; solicité visitarla, y me contestó:

—Seria agraviar á U. señor, si le diera una negativa; á otro cualquiera se la daria, á U. no.

Le advierto que por falta de mis padres, mi tio ha quedado en lugar de ellos, y es el que me sostiene; pero es tan estricto, que no quiere visitas; sola vivo con él, y lo cuido, y lo respeto.

El se va á su destino á las once, y vuelve á las cinco. Puede U. verme desde la una hasta las cuatro.

No dejé de ir en el tiempo indicado; me recibió mi linda conquistadora, con la dulzúra que la caracteriza,

Yo habia gozado una hora de su amena conversacion; y embriagado con su belleza, me sentí transportado, no como San Pablo al tercer cielo, sino como pecador asido á la tierra.

¡Pero cuan cierto es, que en este valle de lágrimas, los gustos son momentáneos, y los placeres transitorios!

En lo mejor de mis contemplaciones y esperanzas; tocaron la puerta.

—La jóven preguntó; quien és?

—Era su tio!

—Por Dios, señor, me dijo, hagame U. el favor de esconderse en este armario:

Que hacer? tuve que entrar y yo mi sombrero al armario; y ella echó llave.

Ay amigo! para algo bueno me guarda Dios. Qué amarguras pasé! por momentos creí ahogarme; gracias á que tenia el armario por un lado, una hendija; no sé si de viejo, ó con algun otro fin.

Allí en esa hendija arrimaba la nariz, y otras veces la boca.

Mientras yo estaba en estas agonías, le preguntaba el tio á la sobrina:

—Por qué te demoraste tanto para abrir la puerta?

Contestó la niña:

—Estaba ocupada;

—Replicó el señor: Bien, bien. Hoy voy á buscar por todas partes, lo que algun dia he de encontrar.

—Qué cosa? dijo la sobrina;

—Yo sé lo que busco.

—¿Hombre, hasta debajo de la cama buscas?

Al oír esto, creí que abriria tambien el armario, y yo no tenia ninguna arma para defenderme. Me hizo tal impresion esto, que me dieron ganas de toser y de estornudar; aunque, hacia esfuerzos supremos por impedirlo, no lo conseguia.

Al fin: se marchó el tio, y salí de mi suplicio, casi inanimado;

Considera como estaria de vergüenza; no sé como no me quedé muerto.

Sali de ahí como un desesperado; y por mi desgracia encontré á un amigo, y me dijo:

—Hombre; qué tienes que estás espantado? ¿has visto al Diablo?

—Si; vengo de los infiernos, le repliqué, y seguí mi carrera, y mi amigo se quedó riendo.

Vé pues, querido Adolfo, todo lo que á mi me ha pasado, asi es que no creo en la bondad de las mujeres; y menos en las que tienen el talento malo.

—Mi misteriosa, da pruebas de tener el bueno; con todo, no lo garantizo.

He quedado escandalizado, con la mala preparacion que tiene la señora, para con su esposo y suegra.

Y la señora por amor va á verla, y recibirla insultándola, esto es muy negro, feroz y extraordinario.

Pobre D. Fernando! pobre su señora madre, que son mártires!

Pero la señora Beatriz, es mas digna de lástima, por el mal estado de su alma. En su última hora, como se verá?

—Si podrá, devolver la honra á su esposo, y su suegra?

A vista de la triste suerte de D. Fernando, da gracias á Dios por que te ha deparado si no nos engañamos, una jóven tan adornada de virtudes como tu adorada Elvira.

Deseo que se logren tus aspiraciones, para tu felicidad.

Tu verdadero amigo

JUAN GUALBERTO PADILLA.

(Continuará)



## EL AMOR.

## IV.

*Del amor feliz; sus efectos saludables ó perniciosos sobre la salud y sobre el moral.— Del amor contrariado y celoso; su influencia sobre el organismo; enfermedades que produce. Observaciones.— Varios resultados estadísticos.*

El amor es la fuente de los mas inefables placeres ó de los mas horrorosos dolores, según sea *feliz ó contrariado*. Cuando la pasión es desenfrenada ocasiona gravísimos desórdenes en la economía.

Mirad el primer periodo de la union nupcial, estacion fugitiva, en la cual la vida no es mas que ternura y encanto. Esta nueva y súbita situacion destinada á agradarse, á amarse y á decirse mil y mil veces, aturde, arrebatada, subyuga con fuerza irresistible. Cambia uno completamente identificándose con el ser amado; no se piensa, no se siente, no se respira, no se vive sino en él: de dos corazones, de dos vidas no hay ya mas que un corazon y una vida.

El amor feliz es una alegría continua y produce todos los efectos de ella: anima y facilita todas las funciones vitales. La respiracion es amplia y la accion del corazon se aumenta hasta determinar aquellas dulces palpitaciones tan celebradas por los poetas. Los ojos brillan, la fisonomia adquiere frescura y colorido. Los gestos son frecuentes, la voz suave, el lenguaje fácil, rico. En su paroxismo no es suficiente la palabra para expresar los pensamientos; y en un silencio lleno de encantos, en una especie de éxtasis es como exhala el amor sus mas deliciosos perfumes.

El amor viene á ser el sol del alma: enardece y vivifica todo nuestro ser. Ha curado multitud de enfermedades físicas y de padecimientos morales.

Es el excitante, el tónico por excelencia en las afecciones de languidez y debilidad. El hecho siguiente me admiró muchísimo. El señor D... de 36 años de edad, habia seis meses que padecia una enfermedad crónica de los pulmones y se encontraba en un estado de consuncion casi desesperado. Una viuda joven, señorita vecina suya, fué por mera lástima á cuidarlo. La afabilidad y decoro del enfermo la seducian cada vez mas y llegó hasta complacerse en manifestarle el interés que tomaba por su suerte. El corazon del señor D... sabia sentir aun. En breve amó y á medida que aumentaba la afeccion moral disminuia el mal físico. La compasion que habia inspirado se tornó en un sentimiento mas tierno, y su amor correspondido y satisfecho le devolvió la salud. De las puertas del sepulcro salió al lecho nupcial, sin otro remedio que un amor grande y feliz.

El amor cura sobre todo la melancolia, la hipocondria, la tristeza, el fastidio, la nostalgia y el disgusto á la vida y tendencia al suicidio. Apodérese la pasión de uno de esos hombres agobiados por las miserias y decepciones de esta vida, y se le verá transformado: todo cambiará para él, nacerán los deseos, sonreirá la esperanza, y se iluminará su porvenir. Entregado á los goces ambicionados, olvidará del todo sus males pasados y se dejará sosegadamente conducir á la felicidad.

Hase visto tambien al amor producir cambios maravillosos en las facultades intelectuales y morales. Exaltando los mas nobles sentimientos, fortificando la inteligencia y la voluntad, eleva á veces hasta los mas altos pues-

tos. ¡Cuántos poetas no ha creado, cuántos oradores, héroes, artistas y sabios!

La historia del pintor Quintin se ha hecho célebre. Habia ejercido diez años la profesion de herrador en Anvers con el nombre de Me-sius. Se enamoró de la hija de un pintor, y este le negó la mano de la joven jurando que no la casaria sino con un pintor. Entonces Quintin, impulsado por su pasión, dejó el martillo y tomó el pincel, y pronto se hizo tan buen pintor que el padre le dió á su hija con grandísimo placer. Adquirió fama, y los cuadros suyos que existen todavia son apreciadísimos.

A veces se ha empleado con éxito el amor como antagonista de otras pasiones: la embriaguez, la pereza, la ambicion pueden modificarse por una afeccion honesta que se apodere fuertemente del alma de un individuo.

Estos son los efectos del amor. Digamos ahora los efectos que engendra la pasión desenfrenada.

(Continuará)



El sábado dejamos pendiente un altercado político-amoroso-eleccionario entre Carolina y Ricardo; ella pradista, y él monterista como creyente de aldea, donde no hay mas voz que la del cura.

La cuestion es peliaguda como la verán ustedes.

Bien, pues; Carolina ha dirigido á Ricardo el siguiente *ultimatum*:

“Señor D. Ricardo:

“Si quiere usted ser correspondido de mí, y que yo le entregue sin vacilar mi mano de esposa, es indispensable que abjure solemnemente de sus errores políticos y que, en el día, se haga usted pradista como yo.

“Sin esta condicion precisa que exijo de usted para ser su novia, no podremos entendernos, y me verá obligada á dar mi corazon y mi mano al joven de las patillas rubias, que piensa en política como su servidora

Carolina.”

Aquí tienen ustedes á Ricardo en los mas grandes apuros; entre la espada y la pared; entre el amor y la opinion; entre la vida y la muerte.

¿Qué hará? Olvidar sus compromisos, ahogar sus convicciones, seria falta de caracter y de firmeza en un joven de carrera. No dar gusto á su adorado tormento, fuera perder su cariño para siempre. ¿Qué hará Ricardo?

Sigamosle la pista que en pocos dias quedará resuelto el problema.

\*\*\*

Vamos un momento á Chorrillos, y veremos lindezas.

Sabido es que el Santo patron de esa pintoresca villa, cuna del mártir Olaya, es el Señor San Pedro, que de pescador que era en sus buenos tiempos, pasó á ser discípulo del Salvador, apóstol mas tarde y cabeza de la iglesia, á quien el mismo Jesucristo le entregó las llaves de la casa y hasta las del cielo, según dicen muchas personas.

Pues bien, mis Señoritas. El martes fué un

mártres mas santo, mas fresco y bueno que cualquier mártres del año, pues fué santo de San Pedro y de su amigo San Pablo.

Figúrense ustedes cuál seria el alborozo de la gente chorrillana en ese día, en que el Santo patron se embarca en la canoa de pescador, y se hace á la mar muy sério para echar la red y aprisionar un pescado. Chorrillos estaba para verse, el martes; mas de un millon de personas de ambos sexos concurrieron á la fiesta del santo, y los frejoles con arroz, el pisco y las butifarras estuvieron á la orden del día, entre la gente del pueblo.

Salió la procesion del Santo con la mayor solemnidad, llegó á la orilla del mar, el Señor San Pedro se embarcó en su canoa, las olas le dieron un par de baños muy regulares, cogió por fin su pescado bueno, y perdió el resplandor de plata que tenia en la cabeza, el que se fué á pique y de buzos fué menester para sacarlo. ¡Vaya un Señor San Pedro tan descuidado! ¡Perder el resplandor de plata por un pescado de à real!

Estando el Santo en el malecon, comenzó la lucida funcion de regatas que se habia preparado. Los botes partieron en el orden que se habia establecido de antemano y la victoria fué del club chorrillano, habiéndose quedado los chalacos, los yankees y los ingleses con un palmo de narices. Meterse con los bravos chorrillanos ¡qué atrevimiento!

\*\*\*

Las funciones de zarzuela siguen haciendo furor en el Teatro Principal. La simpática cuanto hermosa señorita Cuarenta se desempeña cada dia mejor y cautiva al público que la escucha y la aplaude con entusiasmo.

En el Teatoo Odeon funciona tambien la compañía dramática y aunque dicen que la casa está siempre llena, el brillo de esas noches está eclipsado por las del Teatro Principal.

La compañía Garay continúa trabajando con éxito en el Teatro chalaco, y bien pronto dará en el Principal la anunciada funcion en que conoceremos “El Anillo del diablo” con todos sus aparatos. Veán ustedes si la cosa es de importancia, pues el diablo dicen que es patron de todos los joyeros. El anillo del diablo debe ser según eso una gran cosa.

\*\*\*

Terminaré este mosaico, hablando á mis lectoras de unos lindísimos versos que trae un periódico español. Su inspirado autor es el Sr. Carlos Amado, y en verdad que merece llevar este apellido por ser amante de la verdad.

El Sr. Amado dice en una redondilla que

“El corazon de los hombres

Es una preciosa halaja

Que solo tiene el defecto

De ser una joya falsa.”

Y añade con la mayor sencillez, facilidad y gracia especial que

“Y los hombres son joyeros

Que á las mujeres engañan

Vendiéndoles como fina

Esa joya que es tan mala.”

Veán ustedes, señoritas, si el señor Amado no merece ser amado. Quiéranle ustedes como á una perla sin taladrar.

Y á propósito de versos.

He visto en el *Correo del Perú* la muy bella poesía que el vate Dalmiro ha tenido la amabilidad de dedicarme. Permítaseme manifestarle en esta seccion, mi eterno reconocimiento, lo mismo que al señor Orejuela, por la composicion que se dignó dedicarme en este bello semanario.

ADRIANA BUENDIA.

Lima, Julio 3 de 1873.